

El reportaje



UNA JORNADA DE
CAZA MENOR
**EL ORIGEN
DEL HOMBRE**

Texto y fotos: RAFAEL CHIRBES



Mientras que para la caza de la perdiz se han impuesto los perros de raza, la caza del conejo se lleva a cabo con perritos pequeños, duros, resistentes, capaces de soportar la fatiga

Levaban ya un buen rato apostados José Mata y el espectador, a la espera de que entrasen las piezas de la primera puerta, y el cielo era todavía una mancha amarillenta por encima de las cumbres, y las encinas se veían aún como manchas oscuras que sólo muy poco a poco iban perfilándose. El tiempo discurría muy despacio. Sólo se notaba su avance por la aparición de nuevas manchas amarillentas en el cielo. No hacía viento ninguno y el paisaje que se divisaba desde el puesto daba una sensación de perplejidad que la progresiva llegada de la luz no disolvía, sino que acrecentaba. Aunque la madrugada había sido fresca, estaba claro que iba a ser un día caluroso.

Todo permanecía detenido, como en un decorado que no guardase ningún secreto. Y, sin embargo, de vez en cuando se escuchaban rumores de hojas removidas y los cantos de los pájaros aumentaban de frecuencia y de volumen mientras la claridad se iba imponiendo. De camino hacia el puesto, José le había señalado al espectador algunos lugares en los que la tierra aparecía removida, en los que las zarzas habían sido aplastadas, o roídas, y también le había indicado la presencia de excrementos y rastros de orín, pequeñas manchas oscuras en la tierra. "Conejos", había comentado, mientras golpeaba el suelo con la punta de la bota. Más adelante, le ense-





ñarían algunos troncos mordisqueados, y huellas de pezuñas y de cuerpos en el barro de una charca, que indicaban la presencia de jabalíes que acudían allí para abreviar. Las pisadas de los jabalíes seguían el cauce de un regato seco y se perdían en la ladera del monte. Pero eso fue más tarde, cuando la luz caía en vertical, y cazador y espectador se disponían a esperar la tercera puerta en una ladera cubierta de jarales. Para entonces abrasaba el sol, el espectador echaba de menos una gorra que le cubriese la cabeza, y pinchaba en los oídos el ruido de las chicharras.

Ahora, a primera hora, en la luz incierta del amanecer, se escuchaban los trinos de las alondras y los chillidos de los estorninos, contrapunteados por el canto de una curruca, que llamaba a la hembra muy cerca del lugar en el que cazador y espectador aguardaban la llegada de las presas. El paisaje, que en un primer momento le había parecido al espectador vacío como un gigantesco decorado de teatro, se animaba poco a poco. El cielo era una enorme campana de cristal, un tremendo vacío que la naturaleza se esforzaba por ocupar. También los seres humanos: Muy lejos, sonó un disparo, un golpe seco y solitario que rebotó entre los montes y que provocó que a escasos metros de los apostados se iniciara un alboroto de mirlos. Hacia ya rato que, en algún punto situado a sus espaldas, se escuchaba el peculiar canto de la perdiz, un sonido como de madera hueca que se extinguió con la ruidosa presencia del bando de mirlos. El canto de la perdiz recuerda a aquellas matracas que sonaban en las iglesias el día de viernes santo.

El cazador, atento e inmóvil, había empezado a generar una electricidad que el espectador podía misteriosamente percibir. Una mezcla de tensión muscular y excitación nerviosa, que se adivinaba por el modo en que empuñaba la escopeta, o por cómo mantenía erguida la cabeza, se diría que más olfateando que mirando.



A la izquierda, José Mata, el cazador que sirvió de guía al autor del reportaje. Su infancia transcurrió en un cortijo y piensa que puede compaginarse la caza con el respeto a la naturaleza, aunque, desgraciadamente, no suele ocurrir así.

Los perros acompañan a los batidores y les sirven para levantar la caza que aguardan otros hombres estratégicamente apostados en los lugares por los que se supone que van a pasar las piezas asustadas por el acoso.



Esa misma actitud, que observó en los otros hombres apostados, pudo advertirla luego en los perros cuando presentían la presencia de una presa, o cuando la cobraban, o, ya al atardecer, concluida la batida, cuando se agitaban en torno a los conejos, liebres y perdices que colgaban de los cintos de los cazadores, y jadeaban entrecortadamente, nerviosos, acercándose a los animales muertos, intentando lamer su sangre. La misma corriente eléctrica: sin duda, animales y hombres unidos por las huellas de la misteriosa y milenaria memoria genética de una etapa de predación que se prolonga por caminos subterráneos hasta nuestros días.

El bando de mirlos estaba muy cerca de los apostados. Saltaban las aves, con su plumaje negro y sus llamativos picos amarillos, y emprendían cortos vuelos entre los troncos de las encinas, sin dejar de gritar. Los mirlos -según le explicó al espectador José Mata- son buenos aliados de los cazadores. "Cuando uno escucha repentinamente su jolgorio, rompiendo el silencio de la dehesa, quiere decir que se acerca alguna presa que, en su precipitada carrera, los ha ahuyentado", le dijo.

Como si vinieran a confirmar las palabras que José había pronunciado en voz baja, sonaron otros disparos, ahora más cercanos. Era el primer día de apertura de la veda y el campo debía estar lleno de cazadores, en otros lugares, en otros cotos. Los habían visto de noche en la carretera mientras se dirigían hacia Llerena (el coto en el que cazan José Mata y sus amigos está situado en las sierras que se levantan a espaldas de Llerena y que se prolongan hasta Tentudía: una inmensa y ondulada extensión de dehesa por la que uno puede caminar duran-

te kilómetros sin encontrar huellas de presencia humana).

Habían visto en la carretera las luces de los todoterrenos que arrastraban improvisados remolques para transportar a los perros. Y habían dejado atrás muchos de aquellos vehículos que permanecían detenidos ante los escasos locales iluminados a aquellas horas junto a la calzada y en los que servían cafés y tempranos desayunos, o que habían sido elegidos como lugar de encuentro por los componentes de las diferentes partidas de caza.

Ahora, los repetidos disparos que se escuchaban en la lejanía, un poco en todas direcciones, volvían a probar la presencia de aquella multitud ávida, cuando ya podía verse con claridad el valle que se extendía ante los dos hombres apostados -cazador y espectador-, y se distinguían perfectamente las laderas cubiertas de encinas, los jarales. Las sombras se habían desvanecido por completo. Y, desde el puesto, se vislumbraba la dehesa en todo su esplendor. Este año ha llovido a fines de verano y comienzos del otoño, por lo que, en aquel día de principios de octubre, podía verse cómo empezaba a verdear el pasto entre los árboles. Pronto, en pocos días, el verde ocuparía todos los espacios y la dehesa se vería cubierta por una interminable alfombra.

Con las primeras lluvias, el paisaje de la dehesa cambia repentinamente, pasando de la desolación a la opulencia. Este año, las encinas estaban repletas de bellotas, lo que, además de anunciar una magnífica montanera para el cerdo ibérico, prometía ofrecer un buen refugio para las palomas torcaces, que, con su poderoso pico, le disputan al cerdo los glandes. Aunque la verdad es que, durante los últimos años,

llega poca paloma a estas dehesas del sur de Extremadura.

José Mata recuerda aquellos inmensos bandos que cubrían fincas enteras hace veinte, veinticinco años, cuando él era un muchacho en La Lapa, cerca de Zafra. "Los bandos de palomas se perdían de vista", asegura. "Salías al campo y te traías un saco lleno. Los hombres que iban a cortar tarama de las encinas, o a hacer picón, de un palo mataban seis o siete. No te digo ya si pegabas un tiro en medio de un bando. Había que espantarlas, porque llegaban a miles, ocupaban fincas enteras y se comían las montaneras. Dejaban a los cerdos sin bellotas. Yo he llegado a matar algunas que tenían más de media docena de bellotas en el buche".

Eran otros tiempos, en los que la caza constituía una más de las actividades cotidianas del campo y formaba parte indisoluble de los complejos y esforzados ritos de subsistencia. La infancia de José transcurrió en un cortijo, y en su casa siempre fueron cazadores. Abundaba el conejo y, en ciertos lugares, la liebre. Tampoco eran raras las perdices. Al zorzal y los pajaritos pequeños -cuya caza está en la actualidad rigurosamente prohibida- no se les tiraba con escopeta. Se mantenía la filosofía de que "para un pájaro no vale la pena gastar un cartucho". Mucho gasto para poca carne. Abundaba la otra caza, más apreciada. Eso no quiere decir que no se les pusieran ballestas o trampas a los pájaros y se hiciese con ellos una fritada, o un arroz. Otros tiempos, en los que no hacía falta juntarse con algunos amigos para alquilar un coto, sino que, cualquier día, uno salía al campo en compañía de los perros y caminaba durante horas, y la caza era una forma de entenderse con el



entorno. "Perros sin raza, pero que los criabas tú, los enseñabas, y los querías, y eran los mejores perros del mundo", dice José, que a lo largo de su vida ha criado y educado unos cuantos. También, por lo que se refiere a los perros, han cambiado las cosas. "Antes, cualquiera te criaba un perro. Ahora, ya no. Se especula con ellos, con los perros, y todo el mundo quiere tener un perro de raza, un pointer, un bracco, un setter, perros de muestra, sobre todo por lo que se refiere a la perdiz".

Para el conejo, en cambio, se prefieren perros pequeños, que se metan entre las zarzas, que sean fuertes, duros, resistentes. Son los perros de levante, que remueven a las presas, sacándolas de sus madrigueras, levantándolas de sus camas. José tuvo un chuchó que igualaba al mejor pointer. En general, para el conejo, son buenos los podencos, o los cruces entre galgo y podenco, los andaluces o portugueses, que "dan resultados increíbles, con una afición que supera a la que puede tener cualquier perro

de muestra". En las zonas llanas, donde la liebre se escapa a gran velocidad, en sitios como La Puebla de Sancho Pérez o Los Santos de Maimona, se usan sobre todo los galgos. La liebre corre en línea recta y basa su defensa en esa capacidad para correr ligera, mientras que el conejo zigzaguea en su fuga: su defensa está en la astucia y en el cambio sorpresivo de rumbo.

A José es ésa la forma de caza que le gusta, él a su aire, con sus perros, aunque hoy, por ser el día en que se abre la veda, cace en grupo con sus amigos. Quienes están cazando hoy en esta inmensa finca son una decena de amigos de Zafra que se han juntado para alquilar un coto. Y se reparten los papeles. Según la configuración del terreno, y la dirección del viento, se elige un espacio a batir -espacio que recibe el nombre de puerta-, y un grupo lo recorre acompañado por los perros que levantan la caza, mientras que los demás miembros, distribuidos en distintos puestos, desde los que cubren con sus escopetas los espacios por

los que las piezas deben pasar en su huida, aguardan las presas que escapan asustadas de perros y batidores. A lo largo de la mañana, se harán tres o cuatro batidas o puestas en otros tantos lugares diferentes. Es un sistema que exige inmovilidad y silencio por parte de quienes permanecen en los puestos, un silencio que, aquella mañana, empezó a romperse al tiempo que, a lo lejos, aparecieron las figuras nerviosas de los perros correteando por una de las laderas. Coincidiendo con aquella presencia, levantó el vuelo desde una cercana rama una pareja de abubillas cuya elegante y empenachada silueta había distraído durante algunos momentos al espectador. Al poco, se escapó hacia la derecha la pareja de perdices cuyo canto se había escuchado con anterioridad: un vuelo rápido, anunciado por una especie de silbido. Ahora sonaron varios disparos seguidos y los ladridos de los perros podían oírse ya con claridad. Además, contra la ladera, se recortaban en la distancia las figuras de los batidores. La

Concluida la jornada, los cazadores se reúnen para poner en común las piezas cobradas a lo largo del día, perdices, conejos y liebres.



La caza ha dejado de ser una cotidiana actividad rural, una actividad próxima y familiar, ligada a la necesidad y al medio en que se vive, para convertirse en una añoranza del urbanita.



dehesa adquiría una repentina y dramática vitalidad. El sol, aunque aún daba de perfil, se había adueñado del paisaje, y desaparecía la sensación de humedad de los primeros momentos, mientras que se imponía el olor de la jara, que iría volviéndose omnipresente a medida que aumentara el calor, y que impregnaría la ropa y el cuerpo del espectador, dominando sobre cualquier otro aroma del campo: el pegajoso olor de esa resina que, a lo largo del verano, ha ido envolviendo los tallos y que, al parecer, les sirve como protección contra la despiadada acción del sol en estas tierras del sur. Encinas, grandes masas de jara, tomillo, coscojos. La dehesa interminable y envolvente, ante la mirada del espectador.

Para estas jornadas de caza menor conviene llegar al amanecer, cuando liebres y perdices están aún batiendo ellas mismas, concluyendo sus merodeos y buscando el sitio donde encamarse. La liebre suele cambiar con frecuencia de cama, pero siempre que no se la moleste, ni se la espante con violencia: lo hace en el mismo entorno. Caza de noche y, al llegar el día, duerme en su cama. No cava madrigueras como el conejo, ni siquiera para parir. Tiene cuatro o cinco camas distintas que usa intermitentemente, o durante algunos días; luego cambia. También la perdiz pide la primera hora de la mañana para ser cazada, que es cuando aún se mueve en bandos; luego, a medida que transcurre el día, y sobre todo a partir de mediados de diciembre, los bandos empiezan a disgregarse. En otoño, los padres permanecen en el mismo nido que sus crías, aunque éstas son ya adultas. Con la llegada del invierno, las crías forman sus parejas o colleras y abandonan el nido de los padres para establecer el propio.

El cazador solitario aguza el oído, hasta que percibe los cantos del bando de perdices y, entonces, se dirige hacia allí, hasta que, debido al rumor que hacen el hombre y los perros al acercarse, el bando, asustado, levanta el vuelo. Si se trata de un buen cazador, de un verdadero aficionado, la norma impone no disparar en ese primer momento, sino iniciar una persecución pieza por pieza para intentar cazarlas de una en una. La constancia del perseguido, frente a la tenacidad del perseguidor. Lo han contado decenas de películas del Oeste (desde Centauros del desierto a Sin perdón). Lo contó, de un modo casi inverso, Melville en Moby Dick: el perseguidor acosado por la obsesión del perseguido. Sólo que aquí, en esta caza menor, el animalito carece de ese pecado original, de esa culpa que caracteriza a la presa perseguida en las grandes mitologías, y es el hombre el que ha comido la milenaria manzana del recuerdo de un tiempo en el que cazar y vivir eran sinónimos.

Mientras que el conejo busca la maleza, las piedras y zarzas, el monte, o las anfractuosidades de los regatos (todos aquellos lugares en los que se encuentra protegido), y la liebre prefiere los espacios más abiertos (la llanura, o la frontera entre el monte y el llano, porque en el bosque se siente más perseguida por sus depredadores: el zorro, el turón o el linco), la perdiz es habitante de ambos espacios. Se adapta tanto al monte como al llano, si bien prefiere más las solanas que las umbrías, así como tiene preferencia por las cercanías de los riachuelos, o de las fuentes de aguas limpias. En el llano, come cereal y frecuente los barbechos; en el monte, picotea las semillas silvestres; en la dehesa, busca los restos de las bellotas

mordisqueadas por los cerdos, ya que, al contrario de la paloma, la perdiz no dispone de un pico robusto con el que pueda romper las cáscaras. Por eso pueden ser más abundantes las perdices en los campos de cultivo que en el bosque. Se mueven entre las viñas y los olivos, dado que ambos frutos le gustan, sobre todo cuando se encuentran en sazón: uvas dulces, olivas bien maduras, prácticamente secas.

Desde su lugar, el espectador volvía a escuchar cómo cantaban las perdices en la zona más tupida de encinar, mientras se efectuaba la segunda puerta. Pasaban frente a él los rabilargos y lo distraían de aquel canto. Cuando sonaron dos disparos prácticamente seguidos, se acordó de lo que José le había explicado. "Si le tiras a una pieza dos tiros y se te va, déjala". Se lo dijo mientras le hablaba de las escopetas. A José le gustan las escopetas paralelas, con dos cañones horizontales, las de siempre. Las de Sarrasqueta, hermanos Zavala, o Arrieta. "Donde esté una escopeta paralela, que se quiten las repetidoras", piensa él, aunque hoy no haya mucha gente que comparta su pensamiento. Hace unos años, se impuso la escopeta deportiva, la superpuesta, con los cañones en vertical, que empezó a usarse en el tiro al plato o en el de pichón. Luego llegaron las repetidoras, que hicieron furor, las de cinco tiros. "Una masacre", opina José. La legislación acabó regulando esas escopetas repetidoras y dejándolas en tres tiros. Escopetas francesas, italianas, americanas: Explore, Beretta, Franchi, Browning.

"Todo lo que se relaciona con la caza ha tomado cierto aire de exhibición: las escopetas, pero también el vestuario, esos chalecos, esos trajes de camuflaje que se ponen, que parece que se van a ir a la



guerra", explica. Sin duda, lo que ha ocurrido es que la caza ha dejado de ser una cotidiana actividad rural, una actividad próxima y familiar, ligada a la necesidad y al medio en que se vive, para convertirse en una añoranza del urbanita que compra y consume parcelas de esa memoria de depredador que no se ha borrado todavía del subconsciente del género humano, y que toma múltiples formas, algunas de ellas generadoras de vértigos.

Allí, en los montes que protegen la espalda de Llerena, picaba cada vez con más fuerza el sol de un octubre caluroso y el espectador oía a sudor propio y a jara, mientras contemplaba una ladera que mira a poniente y que termina en el dibujo de un arroyo por aquellos días seco. De nuevo cantaban las perdices. Entre las encinas revoloteaban los rabilargos. José, que permanecía atento, con esa tensión eléctrica del que vetea la presa, le indicó con un gesto de la cabeza cierto lugar situado a la derecha de la colina y el espectador pudo ver la

piel estampada de un zorro que cruzaba escondiéndose entre las matas y rodeando con un círculo amplio a los hombres apostados. Y, casi de improviso, se escuchó de nuevo el ladrido de los perros y apareció frente al cazador la figura fugitiva de un conejo que, zigzagueando, en carreras cortas y rápidas, entre los matorrales, bajaba la ladera. Sonó un disparo junto al oído del espectador y el conejo dio dos vueltas en el aire. Sonaron otros disparos, casi seguidos. Al poco rato, había varios conejos tendidos en el suelo y los perros giraban nerviosos a su alrededor.

Concluida esa tercera batida, los cazadores se reunieron en el llano y pusieron sus piezas en común: una docena larga de conejos, un par de liebres, media docena de perdices. Los perros husmeaban nerviosos, intentando acercarse a las víctimas. Los hombres los alejaban con amenazas y gestos.

Era la hora de la merienda. Y, mientras hacían recuento de las piezas cobradas, to-

dos hablaban de lo que había ocurrido un rato antes, cuando entre la segunda y la tercera puerta, procedían a comerse un bocadillo, y dos ciervos cruzaron como a cámara lenta a muy poca distancia del grupo. Fue una imagen inolvidable. Al espectador no se le ha quitado aún de la cabeza. Fue como si la belleza de la vida soñada se exhibiera ante la mediocridad de la vida real, anunciando o prometiendo algo. Los cazadores dijeron que uno de los ciervos venía herido y que sangraba por la boca. El espectador no pudo ver ese terrible detalle; sólo sabe que trazaron medio círculo al fondo del paisaje y que se perdieron entre la maleza. Hubo cierta agitación, algunos hombres empuñaron las escopetas y salieron a la carrera detrás de aquellos majestuosos animales, otros se daban golpes con la palma de la mano en la cabeza, lamentándose. El espectador suspiró de alivio cuando la vegetación los escondió. Los hombres que habían corrido tras ellos, volvían con la cabeza gacha y con un aire de fatiga. ■

Tras la batida, los perros se agitaban en torno a las presas que colgaban de los cintos de los cazadores y jadeaban entrecortadamente, nerviosos, acercándose a los animales.

